

Laura Herrero González

TODO POR UN PEDAZO DE CARNE



Premio Mención Especial del
«Concurso Relatos Cortos Katharsis»

TODO POR UN PEDAZO DE CARNE

Laura Herrero González

Título: Todo por un pedazo de carne

Poesía: Premio Mención Especial del «Concurso Relatos Cortos Katharsis»

Autor: © Laura Herrero González

Edita: Amigos de la Revista literaria Katharsis

Argés (Toledo)

Printed in Spain

info@amigosrevistakatharsis.org

TUDO POR UN PEDAZO DE CARNE

TODO POR UN PEDAZO DE CARNE

Corrían los años mozos de Don Carmelo Rodríguez, Don Padilla, Doña Ana y Doña Isabel Prieto de Estévez. Costa Amarilla era tan amarilla como lo es en la actualidad, y un pueblo tan desabrido como hoy en día. Don Padilla –que en ese tiempo le decían José, su nombre de pila- *afilaba* con la chica más vistosa del pueblo: Isabel. Vistosa y no hermosa porque hay una diferencia grande entre esos dos adjetivos: cuando era joven –nos dimos cuenta por sus fotos- era flaquita, morochita; pero su color de ojos no había cambiado: celeste intenso. Eran esos ojos los que cautivaban a todos los muchachos del pueblo.

Ya hacía dos años que José e Isabel eran novios. Él, un hombre celoso hasta el tuétano, no quería que nadie la mirase siquiera, al que lo hacía le mostraba el cuchillo y si el otro lo enfrentaba era capaz de matarlo por ella. Así sucedió un día: Padilla la había ido a buscar a su casa para pasear, y justo estaba en la puerta de la casa el vecino de ella: Mariano Longaniza. El muchacho sólo la vio –por mirarla- y José *se le fue al humo*: Lo mató de cinco puñaladas en el estómago. Isabel no aguantó más, y en medio de la calle -con toda la gente del pueblo como público- lo dejó. Gritando le dijo que no aguantaba más su violencia, que no podía andar matando gente así por que sí.

A José lo metieron preso en la comisaría de Costa Amarilla por un tiempo. Cuando salió, se enteró de que Carmelo frecuentaba a Isabel y, sin dudarlo, se paró frente a la puerta de la casa de ella, a esperar que llegara el hombre. Estuvo así tres días y Carmelo no había aparecido por ahí. Se fue, resignado, al pensar que había sido una mentira de las mujeres del pueblo, que inventan cosas para reírse un rato de los vecinos. Pero como río que suena, agua trae, José volvió a ir una tarde a la casa de Isabel a esperar que llegara Carmelo... Y apareció.

Padilla estaba escondido detrás de un árbol y vio todo: Carmelo venía con una bolsa, tocó el timbre, salió Isabel, él le dio la bolsa y entró a la casa. José creyó que era algún postre que hacía Doña Eustaquia –madre de Carmelo-, y empezó a imaginarse lo peor. Ya veía a Isabel de la mano con Carmelo que, como era todo lo contrario a él –pacífico y tranquilo-, la había conquistado por eso. Ya se los imaginaba casados... En fin, envejeciendo juntos. José había imaginado su vida con Isabel: una familia, una casa... Todo se le venía abajo, porque él tenía la esperanza de reconquistarla cuando saliera de la cárcel, pero cuando vio eso, las ilusiones se le esfumaron.

Varios días hizo exactamente lo mismo: ir a la casa de Isabel a esperar que llegara Carmelo, y quedarse hasta que salieran para ver a dónde iban y qué hacían. Un día no aguantó más no poder hablar con ella y fue a su casa a buscarla. Esperó detrás del árbol de enfrente –su escondite- a que saliera, porque no se atrevía a tocar el timbre: en esa casa lo odiaban, luego de que los padres de Isabel se enteraran de que había matado a un hombre frente a su hija.

Cuando ella salió, José la interceptó. Isabel se resistió a dirigirle palabra alguna, pero por fin cedió –porque a pesar de todo, José había sido su primer amor y todavía lo quería. Fueron a las afueras del pueblo para que nadie los viera, y empezaron a discutir: él le preguntó qué hacía Carmelo cada dos por tres en su casa, si estaba de novia con él, si se estaban viendo por algo en especial; ella no le quería contestar, y le decía que no le importaba nada de eso. Entonces José, viendo que Isabel no iba a responderle, comenzó a hablar de sus días en la cárcel y le interrogó qué había hecho durante todo el tiempo en que no se habían visto.

Así, la charla comenzó a ser más amigable, y acordaron verse a escondidas en ese lugar día por medio, con la condición de que no se propasara más allá de los límites; si intentaba hacer algo fuera de lugar, ella les contaría a sus padres y no la volvería a ver nunca más. José le preguntó qué iba a hacer él si ella conseguía otro novio, porque a los ojos de los demás, Isabel

estaba sola. La muchacha le respondió que confiara en ella, que iba a lograr por cualquier medio sacarse de encima algún pretendiente que se le acercara o que le quisiera presentar su padre. José volvió a insistir en preguntar qué hacía Carmelo en su casa, y ella no le dijo nada, sólo que era un celoso y que no empezara de nuevo.

Isabel y José empezaron a verse con frecuencia. Día por medio se encontraban en ese lugar oculto. Como varios vecinos lo vieron, comenzaron a pensar mal de Isabel: “qué hará esa chica metida entre esos yuyales y con el hijo de Don Padilla, que es un desgraciado”, o: “mira a la que tiene cara de santita, se escapa para encontrarse con ese degenerado”, entre otras cosas que decían las viejas del pueblo.

Una de ellas le dio aviso al padre de Isabel: le dijo que su hija salía día por medio con José Padilla y se iban para el lado de los matorrales. Don Prieto se escandalizó de tal forma que prohibió salir sola a su hija desde ese mismo momento. A pesar de que le preguntó una y mil veces si era cierto lo que se andaba diciendo por ahí, ella no contestó ni una sola palabra. Su padre le pegó una cachetada, pero ella seguía sin decir nada. La madre –que llegó en ese momento- frenó la mano de Don Prieto que iba nuevamente en dirección a la mejilla de Isabel.

Esa noche, Isabel lloró amargamente encerrada en su pieza, porque sabía que José iba a pensar mal si ella no salía al otro día para encontrarse con él. Y así fue: José fue a esperarla en la esquina de su casa y ella no estaba ahí como era costumbre. Esperó diez, quince, treinta, sesenta minutos, pero nunca apareció. Justo en ese momento Carmelo cruzaba la calle yendo en dirección a la casa de los Prieto, y salió a recibirlo Isabel. José se puso muy mal, pensó que lo estaba engañando, y que todo ese tiempo le había mentido. Se tranquilizó un poco cuando pensó que tal vez lo hacía para disimular: sus padres creerían que Carmelo era su novio, pero mentía para salir con José porque en realidad lo amaba a él, y no a Rodríguez. Todo lo hacía para despistar, creyó.

Se quedó un poco mal, pero decidió esperar al siguiente día: si Isabel no salía de su casa, algo raro estaba pasando y él tenía que actuar. Pasó un día y volvió puntual a la esquina. Esperó un poco menos que la vez anterior, cuando vio aparecer a Carmelo, otra vez, cruzando la calle. Se puso peor, pero no hizo nada. Pasaría otro día sin pensar mal de Isabel, e iría otra vez para saber qué pasaba: si la situación no cambiaba a la tercera, algo iba a hacer.

Esa noche no la pasó tan tranquilo como la anterior, pensaba qué necesidad tenía Isabel de hacerle eso: encontrarse con Carmelo a la misma hora y los mismos días que se veían ellos. No comprendió, porque aunque les estuviera mintiendo a los padres, podría haber arreglado las cosas de tal forma que ellos pudieran seguir viéndose sin problemas los mismos días y a la misma hora.

Pasó otro día. José fue otra vez a encontrarse con Isabel en la esquina de la casa de ella. No sólo que Isabel no fue a encontrarse con él, sino que Carmelo cruzó la calle con ella del brazo. Le agarró tanta rabia que enfrentó a Carmelo y sacó el cuchillo. Isabel se escandalizó y pegó un grito: no permitiría que José asesinara a otra persona inocente por su culpa, y en el fondo, tampoco quería que el fuera a prisión nuevamente. Todos los vecinos salieron a la puerta de sus casas a ver la pelea, pero ninguno se atrevió a detener a José.

Carmelo no entendía lo que sucedía, sólo sabía que José e Isabel ya no se frecuentaban más después de que Padilla saliera de la cárcel. Él sentía un cariño por Isabel, pero ya estaba comprometido con su vecina –Ana- desde antes de nacer. Nunca había tenido intenciones de noviazgo con Isabel, sólo eran amigos; igualmente, Carmelo sabía que si su padres no hubieran acordado su casamiento con la hija de los vecinos de al lado, hubiera intentado conquistarla, aunque sabía que estaba enamorada de José. Eso tampoco lo entendía: cómo una chica tan dulce podía enamorarse de un muchacho tan malo y violento.

José amenazaba a Carmelo con el cuchillo, él sólo dejó las bolsas que traía consigo y dijo: “¡Eh, José! ¿Tanto lío por un pedazo de carne?”. José entendió que el pedazo de carne a

que se refería Carmelo era Isabel, y no la carne que le encargaba Doña Prieto para hacer –ella y su hija- las riquísimas tortillas de carne que todo el pueblo compraba. Don Rodríguez, el padre de Carmelo, tenía una carnicería y abastecía de carne a toda Costa Amarilla y alrededores y su hijo llevaba el pedido día por medio a casa de los Prieto. José no estaba enterado de eso, o mejor dicho, lo primero que se le vino a la cabeza fue pensar mal del pobre Carmelo.

Cuando Carmelo le contestó de esa manera, José se puso rojo de rabia: ¿Cómo iba a llamar a Isabel “pedazo de carne”? Sin contestarle, le acercó el cuchillo al estómago y le gritó a Carmelo que se arrepintiera de lo que había dicho. Carmelo no entendió bien lo que le decía José, abrió las bolsas y le mostró la carne que llevaba en ellas y le dijo: “Si querés la carne te la doy, no hace falta que me mates para pedírmela”. José vio la carne y entendió que había cometido un grave error; miró a Isabel que estaba llorando y le pidió disculpas a los dos. Carmelo lo perdonó, pero Isabel se fue corriendo a su casa.

José todos los días rondaba la casa de ella, pero Isabel nunca más salió para verlo. Cuando se lo cruzaba en la calle, no lo saludaba; además, siempre iba acompañada para que él no la molestara. Ella empezó a salir con el comisario del pueblo –Estévez-: era un muchacho joven, no apuesto, pero tenía buenas intenciones para con Isabel, que eso era lo que importaba a los Prieto.

Isabel se casó con Estévez un año más tarde; José dejó embarazada a otra chica del pueblo y lo obligaron a casarse con ella para que se haga cargo del niño que iba a llegar; Carmelo se casó con Ana un mes después que nació el hijo de Padilla. Por ese altercado las familias Rodríguez y Padilla nunca se llevaron bien; lo que a la gente del pueblo no le quedó claro fue si realmente Isabel tenía amoríos con Carmelo, y siempre dijeron que la pelea había sido por Isabel: en parte lo fue, pero ellos nunca dijeron si hubo algo más que una simple amistad.

SEMBLANZA BIOGRÁFICA

- Laura Herrero González
- 22 años
- Estudiante de Letras Modernas de la Escuela de Letras de Universidad Nacional De Córdoba.
- Correctora Literaria recibida de la misma universidad.
- Asistente y expositora a jornadas sobre Literatura y educación.
- Dictado de un taller de Literatura y clases de Lengua.

Laura Herrero González ha participado en el «I Premio de Relato Corto de la Revista literaria Katharsis» donde obtuvo el Premio *Mención Especial* por su relato *Todo por un pedazo de carne* (2008).

Esta edición digital se lleva a cabo para ser publicada en la Revista Literaria Katharsis.

Edición digital de La Asociación Amigos de la Revista Katharsis

<http://www.amigosrevistakatharsis.org/>
info@amigosrevistakatharsis.org

http://www.revistakatharsis.org/premios_relatos_literarios2008.html